

CAPÍTULO V

El Palacio imperial. — Reparaciones y cambios en sus departamentos. — Ricos objetos de arte traídos de Europa. — Los altos dignatarios de la corte. — La Guardia palatina. — La casa militar. — Chambelanes y caballerizos. — Las damas de honor. — Matrimonio del mariscal Bazaine. Quién era la novia. — El regalo de Bodas. — El Palacio de Buenavista. — Un rasgo heroico de la mariscala Bazaine.

Nos encontramos en el secular edificio que portantos años habitaron los virreyes y que tiene exteriormente, más bien el aspecto de un inmenso cuartel que de Palacio de gobierno.

En la época á que me refiero, llamábase pomposamente Palacio Imperial de México.

Maximiliano hizo que se transformara casi radicalmente en su interior. El ala derecha del edificio, es decir, desde la puerta principal hasta el baluarte del Norte, encuéntrase aún en la actualidad ocupado por oficinas, que pertenecen casi en su totalidad á la Secretaría de Hacienda. Pero el ala izquierda, es decir, desde la misma puerta principal hasta el baluarte del Sur, su-

frió grandes modificaciones en la época del Imperio.

Fué el Emperador, quien dispuso que todos los salones que formaban la parte del frente de la fachada se convirtieran en un solo inmenso salón que se llamó de Embajadores, pues quedó destinado para las recepciones de los plenipotenciarios extranjeros, para los grandes bailes y para las fiestas de la corte.

En la época del Imperio, estaba tapizado con riquísimo tapiz carmesí, que fué expresamente traído de Europa y sobre el cual estaba bordado el escudo de armas del Imperio, con la divisa « Equidad en la justicia ».

De Venecia fueron traídas las colosales y magníficas arañas que hace pocos años también todavía se encontraban allí; de otros puntos de Europa, los candelabros de bronce que adornan las escaleras de honor, los bellos jarrones de mármol blanco con el monograma imperial y las hermosas estatuas que fueron enviadas al alcázar de Chapultepec.

Un día que Su Majestad visitaba las obras del Palacio, vió que se encontraba roto el cielo raso y pudo entonces observar que las vigas del techo eran de cedro; admirado ante aquella riqueza que según él mismo, habría llamado la atención en cualquiera de los palacios de Europa, ordenó se quitara por completo el prosaico cielo raso de manta que cubría las preciosas maderas y mandó se barnizaran y doraran las vigas. En ese estado, aun se encontraban todavía hace muy pocos años.

Continuando las reformas, se descubrió la hermosa

piedra labrada con que están construidas las columnas y los arcos del gran patio principal. Se reformó completamente el pavimento de ese patio, y se arregló el gran comedor, la capilla y varios salones del piso alto.

Todos los magníficos muebles que allí se veían fueron traídos de Europa, escogiendo personalmente los elegantes modelos, el Emperador que tenía en todo el gusto más exquisito y refinado.

Para el comedor mandó traer una magnífica vajilla de Sevres, un juego espléndido de cristal de Bohemia, un centro de mesa elegantísimo y muy artístico, ostentando todo, hasta las más pequeñas piezas, y las servilletas y manteles el monograma imperial.

Una gran parte del primer piso del Palacio estaba ocupado por las habitaciones de Maximiliano y Carlota.

Para dormir, el Emperador había preferido una de las piezas que tienen vista á uno de los patios interiores, pues como ya dije, se acostaba en punto de las ocho de la noche, tenía el sueño muy ligero y el ruido de los carruajes que pasaban y el hablar de los trasnochadores le impedían dormir.

Su recámara se encontraba entre una pieza donde recibía y otra en la que yo trabajaba, y que también servía de salón de espera. Este último salón bastante amplio, estaba casi cubierto con estantes llenos de libros, en el centro una gran mesa me servía de escritorio, los demás muebles eran mullidos divanes y sillones, en los ángulos unas consolas, sobre las que siempre

había charolas de plata con frascos de cristal que contenían vino blanco ó rojo, ó bien simplemente agua, unos cuantos vasos, pastelillos, soletas y exquisitos tabacos. Estas provisiones se renovaban diariamente y estaban destinadas para las personas que tenían que esperar en el salón mencionado á ser llamadas por Su Majestad.

El Emperador que era un gran fumador, siempre que entraba al salón que yo ocupaba, y no llevaba el tabaco en la boca, tomaba uno de los que había en las bandejas de plata y con frecuencia también, unas soletas empapadas en vino ó un trago de éste. El segundo piso se había destinado para las habitaciones del Sr Günner, gobernador de Palacio, del Sr Kuhachevich, tesorero, y de su esposa, primera camarista de la Emperatriz, del mayordomo Venish y su familia, de la esposa de Antonio Grill, primer camarista del Emperador y de otros varios empleados de la corte. Por la clase de trabajo que yo desempeñaba y que como he dicho comenzaba á las cuatro de la mañana, y en mi calidad de empleado de los sitios imperiales, yo también tenía habitación en el piso mencionado, lo mismo que en Chapultepec.

Las oficinas de los gabinetes civil y militar ocupaban el entresuelo en la parte que mira al Sur, teniendo entrada para el público por la parte exterior y para los empleados por la escalera de honor. Había asimismo una escalera de caracol, que comunicaba una de las salas del Emperador con el despacho del jefe del gabinete.

En el patio principal se encontraba la oficina del gran mariscal de la corte, la del intendente de la lista civil, la

cancillería de las órdenes imperiales y el despacho del gran maestro de ceremonias.

El piso bajo se destinó para bodegas (donde se guardaban exquisitos vinos) para caballerizas y para cocheras; destinándose una especialmente para la rica carroza de oro y seda, que se usaba solamente los días de grandes solemnidades. Esa elegante carroza es la que aun se conserva en el Museo Nacional.

El cuerpo de guardia y los dormitorios de la guardia palatina también se encontraban en el piso bajo del Palacio Nacional.

Enteramente nuevo yo en la corte, procuré desde luego conocer á todos los dignatarios de ella y saber cuáles eran sus departamentos porque con frecuencia me enviaba Su Majestad á darles verbalmente órdenes ó recados.

La Emperatriz ya me conocía por mi nombre, pues en Puebla, habíame llamado un día para darme órdenes, que muy agradable me era recibir de la augusta y noble hija del rey de los belgas. Su figura tan arrogante y tan simpática, sus miradas dulcísimas, su bondadosa á la par que digna palabra, todo en fin, hacía que bastara cruzar con ella unas cuantas frases para sentirse cautivado por su dignidad y su benevolencia.

Hablaba el español sin el más mínimo acento extranjero, con mucha lentitud y como si meditara cada una de sus frases antes de pronunciarlas; era un poco miope y casi siempre miraba á su interlocutor bajando un poco los párpados, para verlo mejor y á pesar de ser

tan bondadosa, imponía también desde luego con su aire noble y majestuoso. Vestía comúnmente trajes oscuros cerrados al cuello y por adorno solo una cinta ó un ligero encaje blanco muy fino, tanto enredador del cuello como de los puños.

Sus cabellos muy negros y muy abundantes le caían hasta más abajo de la cintura, y las camaristas los peinaban con extrema sencillez.

Esto último pude presenciarlo un día de gran fiesta que el Emperador me envió á que pidiera á la Emperatriz unos diplomas de la Cruz de San Carlos, que la Cancillería le había enviado para la firma. El día á que me refiero, la Emperatriz dió orden á sus camaristas de que se me permitiera entrar á su tocador para tomar personalmente los diplomas que se encontraban sobre una mesa: vestía esa mañana la Soberana una amplia bata finísima blanca y se encontraba sentada frente al espejo, mientras las camaristas la peinaban. Comenzaba la tarea de las peinadoras de la Augusta Señora, y pude, repito admirar su espléndida cabellera negra. Siempre que la Soberana me llamaba, anunciábame el ujier de servicio, yo al entrar saludaba inclinándome y esperaba sus órdenes, y ella siempre me decía:

— Lleve Ud esto á Su Majestad.

Ó bien:

— Diga Ud tal cosa al Emperador.

Los altos dignatarios de la corte, que desde luego conocí fueron: el general Don Juan N. Almonte, que tanta influencia tuvo en los asuntos de la Intervención,

de la Regencia y del Imperio. Era el general Almonte uno de los personajes más prominentes del partido conservador; el Emperador lo respetaba mucho y lo consultaba siempre en todos los casos difíciles, que con frecuencia ya comenzaban á presentarse. Se le había designado como ministro plenipotenciario de México en París, para donde debía partir muy en breve, pues se creía que tendría grande influencia cerca de Napoleón III, y podría arreglar las dificultades que cada día se hacían notables, entre los Franceses y el Imperio Mexicano.

Seguía en categoría al general Almonte, Don Martín Castillo, ministro de la Casa imperial é Intendente de la lista civil, era el más joven de los ministros; antes de desempeñar el puesto que acabo de mencionar, había tenido á su cargo la cartera de Hacienda que había desempeñado con mucho acierto.

Pertenecía á una distinguida familia mexicana. Su padre había sido también ministro de Hacienda en gobiernos anteriores al del Imperio y había educado á su hijo en los más estrictos principios de honradez y de probidad. Casi todos los miembros varones de la familia Castillo habían servido al gobierno en altos puestos de confianza, como administradores de aduanas ó jefes de oficina donde se manejaban caudales.

El gran maestro de ceremonias y el canciller de las órdenes imperiales eran también personas muy dignas de consideración y de respeto muy ilustradas y muy bondadosas para tratar á sus subalternos.

Seguía á estos caballeros en categoría el conde de Bombelles, amigo íntimo y compañero de infancia del



El ministro D. Martín Castillo.

Emperador, á quien sólo por afecto venía acompañando desde Europa. Era también la persona de mayor confianza de la Emperatriz y en su porte y en sus maneras

demostraba desde luego su ilustre abolengo. Era coronel del ejército á la vez que capitán de la guardia palatina y tenía á sus órdenes al teniente coronel Rodolfo Günner, al comandante Carlos Shaffer y al capitán Agustín Pradillo; como oficiales de la guardia citada, siendo á la vez encargados del gobierno de Palacio.

Günner y Shaffer habían sido oficiales de marina y compañeros de Maximiliano en sus viajes á bordo de la fragata « Novara », eran amigos muy queridos de Su Majestad; pero celosísimos de cualquier mexicano á quien éste distinguía con sus favores ó con su amistad.

Günner con hipócrita amabilidad y Shaffer con abierta franqueza trataban siempre de desprestigiar á los mexicanos á quienes distinguía el Emperador. Günner era un apuesto mozo, de tez morena, de pelo y barba negros, de aguileña nariz, y representaba el tipo acabado y perfecto de la raza romana. Shaffer, por el contrario, muy blanco, muy rubio, de ojos azules muy claros tenía el tipo completo de un alemán. Por último Pradillo, un arrogante joven que había sido oficial de zapadores y dado la guardia al Emperador durante su permanencia en Morelia, desde luego fué distinguido por Su Majestad que lo trajo á México y lo nombró oficial de órdenes y de la guardia palatina, conquistándose inmediatamente la confianza más absoluta del Emperador, pues éste comprendió tan pronto como lo conoció que era un hombre leal, honrado y valiente á carta cabal, y así lo demostró Pradillo después, porque fué hasta lo último,

muy adicto á la causa del Imperio y estuvo siempre dispuesto á dar la vida por su Soberano.

Los otros oficiales de órdenes eran Joaquín Rodríguez y Pedro Ontiveros, soldados republicanos, hechos prisioneros en Puebla al rendirse la plaza al mariscal Forey. Desterrados á Francia, cuando supieron que Maximiliano había aceptado el trono de México, se presentaron en Miramar y el archiduque los nombró oficiales de órdenes. Fueron Ontiveros y Rodríguez, quienes trajeron á México como portapliegos la noticia de que Maximiliano había aceptado el trono del Imperio mexicano, pues en Miramar mismo, recibieron de manos del archiduque sus nombramientos y la comisión referida.

Los otros oficiales de órdenes eran Pedro Ormaechea, sobrino del prelado del mismo apellido, Antonio Esnaurrizar, Ciro Uruga, y poco tiempo después Miguel Mosso quien completó la casa militar del Soberano, además de los citados, los ayudantes de campo, Feliciano Rodríguez y Juan Pablo Humana.

Las personas más distinguidas de la sociedad de México se disputaban el honor de pertenecer á la corte, alegando unos, su noble estirpe, otras su cuantiosa fortuna, otras en fin su alta posición social.

Esto motivó los siguientes nombramientos:

Para caballeros, Don José de Jesús Cervantes y Don Joaquín Adalid.

Para chambelanes: Don Juan Suárez Peredo, conde del Valle; el marqués Felipe Neri del Barrio,

Don Nicolás Campero y otros muchos menos conocidos.



Señorita Josefa Varela.

Igualmente se nombraron para damas de Palacio de la Emperatriz á las señoras mexicanas que más

se distinguían por su belleza y que eran Doña Manuela Gutiérrez Estrada, la señora condesa del Valle, Doña Dolores Osío de Sánchez Navarro y algunas más; y para damas de honor con sueldo, las Sras. Concepción Plowes e Pacheco y la Srta. Josefa Varela, está última de pura raza indígena (1).

En un país esencialmente republicano, como lo había sido y lo sigue siendo México, desde su independencia; y en donde casi nunca se ha hecho caso de pergaminos ni de títulos de nobleza, pocas eran, como dije, las personas que podían alegar descender de la vieja nobleza de España; no obstante eso, en vista del esplendor que Maximiliano daba á su corte y queriendo todo el mundo pertenecer á ella, desatóse una verdadera fiebre de aristocracia y de nobleza y era muy rara la familia mexicana que no anduviese en busca de pergaminos, de árboles genealógicos y de escudos de armas, para comprobar que descendía de condes, duques ó marqueses.

Era el Emperador, á pesar de pertenecer á la ilustre casa de Hapsburgo, y de viejísima nobleza europea, gran lector de los enciclopedistas del siglo XVIII y éstos le habían saturado ya el espíritu de ideas republicanas; por eso cuando llovían solicitudes de cargos en la corte y se alegaba en dichas solicitudes que el solicitante descendía de tal ó cual vizconde ó marqués, difunto hacía

(1) La Srta. Varela vive todavía en Texcoco y asegura descender en línea recta del rey poeta Netzahualcoyotl.

trecientos ó cuatrocientos años, reíase el noble Hapsburgó de muy buena gana y me decía :

— Es gran lástima que no podamos tener aquí un taller para fabricar pergaminos y árboles genealógicos, pues se haría mucho dinero con él.

Y con sarcasmo y ligera tristeza, agregaba :

— « Creen estos caballeros efectivamente que los que se consideran nobles tienen la sangre azul y es que olvidan que durante la Revolución Francesa, corrió mucha sangre de nobles y era tan roja como la del último plebeyo. »

« La hermosa divisa de la Francia republicana, continuaba diciéndome, « Libertad, Igualdad, Fraternidad », no es más que una utopía ; á los verdaderos nobles, á los emigrados, cuando volvieron á su patria, se les unieron los advenedizos, los nobles de ayer, los duques, condes y marqueses nombrados por Bonaparte, que eran en su casi totalidad tan plebeyos como el último burgués. »

En esos días de fiebre de nobleza, la Sra. Doña Gertrudis Enriquez de Suárez Peredo, dama de honor de la Emperatriz, dió á luz tres niños en un solo parto y el Emperador al saberlo, dijo que no sólo tenía que felicitar al conde del Valle, su gran chambelán y esposo de la bellísima dama citada, por haberle dado tres miembros á la familia, sino por haber dado al Imperio mexicano tres súbditos de la buena, vieja y legítima nobleza.

Desgraciadamente no pudo llevarse á cabo la felicita-

ción que Su Majestad deseaba, pues al día siguiente del alumbramiento, fallecieron dos de los niños y la madre. El Emperador, muy apesarado, hizo al gran chambelán una visita y con frases muy sentidas le dió el pésame.

En la casa militar, aumentaban cada día más y más las intrigas y esto motivó algunos cambios que paso á mencionar.

Nombróse ayudante de campo al general don Bruno Aguilar y oficiales de órdenes al comandante Emilio Laurent y al capitán Ignacio Miñon ; estos dos nuevos oficiales fueron nombrados para substituir á Ontiveros y á Rodríguez, que quedaron separados de la casa militar del Emperador : Ontiveros por una aventura amorosa que causó escándalo y Rodríguez por una intriga sin importancia. Á éste último se le separó con el pretexto de ascenderlo á teniente coronel y de darle el mando del cuerpo de guardias municipales de á pie.

En general se decía que el Emperador era muy voluble de carácter, que siempre la última impresión influía mucho en su ánimo, y en comprobación de lo dicho se mencionaban los frecuentes cambios en los altos puestos del Imperio, pues sólo los amigos que con él habían venido de Europa y que se encontraban en empleos de importancia se habían mantenido en ellos.

Si esto pasaba con los que estaban muy alto, ¿ qué podían esperar los pequeños como yo ?

En el puesto que yo ocupaba, había manifestado

S. M. desde que vino al país que deseaba tener un joven, no viciado por la pereza proverbial de los oficinistas, que suponía en México, igual á la de Europa. Decía que por lo general los oficinistas son grandes señores que llegan á su trabajo lo más tarde posible, sus grandes ocupaciones son leer los periódicos, comentar los sucesos del día y ansiar que llegue la hora de la salida para volver al día siguiente á hacer lo mismo. De los jóvenes que se le recomendaban para secretarios particulares, ninguno había podido mantenerse en el puesto ni dos meses siquiera; para no herir su susceptibilidad, los enviaba á alguna legación ó á algún ministerio; pero de todas maneras se comprobaba su disgusto hacia ellos, en el cargo de secretarios particulares.

Con tales antecedentes, yo esperaba de un día á otro que sucediera lo mismo conmigo; pero con gran sorpresa de todos los que nos rodeaban y mía inclusive, veíamos que el Emperador me daba mayores muestras de confianza y me colmaba de favores. Ninguno de mis predecesores había gozado del honor de ir con el Soberano en su carruaje ni mucho menos de comer solo con él. Estos favores, me atraían naturalmente la mala voluntad de unos y las adulaciones de otros.

Un día hablando conmigo el Sr. Castillo, me dijo que sabía que Su Majestad estaba muy satisfecho de mí, pues era lo que deseaba para su secretario particular, una persona enteramente adicta á él, sin más voluntad que la suya, discreta, reservada, laboriosa y honrada; que podía yo estar tranquilo, pues mientras siguiera

observando la conducta que hasta entonces había observado no debía temer en nada las intrigas de mis envidiosos.

Sabía el Emperador que me agradaba mucho montar á caballo y una mañana después de tratar los asuntos oficiales, y que hablábamos de cosas indiferentes, le pedí permiso para que en las horas desocupadas pudiese yo montar alguno de los hermosos caballos que había en sus caballerizas.

Concedióme desde luego S. M. el permiso que yo solicitaba, y se dió orden al caballerizo mayor para que me dejara escoger un caballo y desde el día siguiente pude lucir en el paseo, un magnífico árabe tordillo quemado, que montaba generalmente con silla inglesa, y para variar, de cuando en cuando con silla mejicana.

Súpolo Shaffer, que era uno de mis malquerientes; y una tarde, después de comer, estando en el salón de fumar, y hablándose del gusto que los mexicanos tenemos por la equitación, dijo Shaffer, que lo malo era que echábamos á perder los caballos, pues acostumbrábamos montarlos tan pronto con silla inglesa como con silla mejicana, y que el cambio de frenos era muy perjudicial á las cabalgaduras. En apoyo de su dicho, me citó á mí. Á la insidiosa indicación de Shaffer el Emperador manifestó que en lo sucesivo, el caballo árabe que yo había escogido, lo montara siempre con silla inglesa y que escogiera otro para cuando quisiera yo lucir mi traje de charro. Como se encontraba presente el caballerizo mayor Feliciano Rodríguez, así

se lo manifestó también; y desde entonces pude tener dos caballos en vez de uno, aumentando con esto las envidias y la mala voluntad que Shaffer me tenía.

Anuncióse por aquel tiempo el matrimonio del mariscal Bazaine, con la Srta. Josefa Peña y Azcárate, joven de veinte años, bella, simpática y agraciada, pero de escasa fortuna.

Llamó mucho la atención este matrimonio, pues el mariscal aunque fuerte y vigoroso era ya un hombre de sesenta y tantos años; pero sin duda la alta posición que tenía Bazaine, no sólo en México sino en Francia y la esperanza, que se realizó después, de brillar en la corte de Napoleón III, deslumbraron á la joven Mexicana.

Pocos años duraron la felicidad y la gloria de la mariscal Bazaine, pues después de la capitulación de Metz, todas fueron para ella penas, amarguras y humillaciones, dando sin embargo el alto ejemplo de heroicidad que dió cuando ayudó personalmente á la evasión de su esposo de la fortaleza de Santa Margarita, en la costa del Mediterráneo, y más tarde después de la trágica muerte de su esposo, cuando volvió á México, pobre y despreciada, hasta su muerte acaecida hace pocos años en una casa de salud de Tlalpan.

Al recibir SS. MM. el aviso de Bazaine, ofreciéronse á apadrinar el acto, ofrecimiento que el mariscal francés aceptó gustoso y se fijó la boda para el día veintiséis de julio. Hiciéronse los suntuosos preparativos para la ceremonia que se efectuó el día ya citado en el Palacio: el matrimonio civil, en uno de los salones princi-

pales y el religioso en la capilla del propio Palacio, dando la bendición nupcial á los desposados el Arzobispo de México.



El mariscal Bazaine.

En el acto civil, fungió como juez el intendente del ejército francés, Sr Friant, habiendo firmado el acta,

además de los Soberanos y de los novios, casi todos los altos dignatarios de la corte y los principales jefes del ejército que se encontraban presentes.

Terminada la ceremonia religiosa, se dió á los desposados una tregua de una hora, y á las doce del día se sirvió una gran comida en el comedor principal de Palacio, sentándose á la mesa ochenta personas de las más distinguidas de la corte de Maximiliano y de la oficialidad del ejército francés.

Los lugares de honor, fueron ocupados por Bazaine y su graciosa consorte, el Emperador tomó asiento junto á la novia y la Emperatriz junto al mariscal. Á los postres el Emperador se puso en pie y dijo :

— ¡ Bebamos á la salud de nuestro querido mariscal y de la Sra. Bazaine ! ¡ Que Dios bendiga esta unión !

Enseguida la Emperatriz se puso en pie á su vez y abrazó á la mariscala.

El Emperador queriendo dar á la mariscala y á su esposo una prueba de su magnificencia, sin lastimar en lo más mínimo su susceptibilidad, dió á Bazaine la siguiente carta :

MI QUERIDO MARISCAL BAZAINE,

Queriendo daros una prueba de amistad y asimismo de agradecimiento por los servicios personales prestados á nuestra patria y aprovechando para ello, la ocasión de vuestro matrimonio, damos á la mariscala el Palacio de Buenavista, comprendiendo en él los jardines y los mue-

bles, bajo la condición que el día que regreséis á Europa ó que por cualquiera otro motivo no queráis conservar la posesión de ese palacio para la mariscala, la nación volverá á recibirlo y entonces el Gobierno se compromete á darle en calidad de dote la suma de cien mil pesos.

Vuestro afectísimo,

MAXIMILIANO.

La nación, efectivamente, volvió á recibir el Palacio de Buenavista ; pero la infortunada mariscala nunca recibió un peso del gobierno y murió, como antes dije, en una casa de salud de Tlalpan, desamparada y pobre.